

Esto, queridos niños, es un buen ejemplo, porque resulta de ello el respeto que los animales y hasta los hombres, que son los más curiosos de todos los animales, están obligados á demostrar á una inteligencia superior.

IX

SAN JUAN NEPOMUCENO Y EL ZAPATERO

Queridos lectores, si por casualidad tenéis que viajar por Silesia, encontraréis en muchas ciudades antiguas, lo mismo en las iglesias que en los puentes, estatuas de piedra ó de madera de un santo muy venerado.

Este santo es san Juan Nepomuceno.

El verdadero santo, es decir, el de carne y hueso, nació en Nepomuck hacia 1330, fué canónigo de Praga y capellán del emperador Wenceslao; pero, habiéndose negado á revelarle la confesión de la emperatriz Juana, de cuya fidelidad tenía sospechas el monarca, sufrió heroicamente el tormento y fué arrojado al Moldau, donde se ahogó.

Ya veis que merecía la canonización, y, en efecto, Benedicto VIII le canonizó.

En un antiguo pueblo cuyo nombre no he podido saber, por más indagaciones que he prac-

ticado para averiguarlo, ocurrió un suceso milagroso que voy á contaros.

Había en él un zapatero por el estilo del que nos habla La Fontaine, sólo que aquél estaba mucho más disgustado que éste de su oficio.

Es cierto que cualquier otro le habría disgustado lo mismo, porque, á decir verdad, el trabajo era para él una cosa insoportable, y pensaba formalmente que Dios habría podido dar á un buen hombre como él la riqueza necesaria para vivir tranquilamente sin hacer nada hasta el fin de sus días.

Fácilmente comprenderéis, queridos lectores, que, con esta inclinación á la holganza, nuestro zapatero no debía tener en abundancia lo que consideraba como los condimentos necesarios de una existencia feliz, es decir, la buena comida y el buen vino. Al contrario, hay que confesar que estaba en la mayor miseria, y si en gran parte disponía de lo que Dios concede, es decir, aire y sol, en cambio le faltaba lo que no se gana sino con el sudor de la frente: la comida y la bebida.

Muchas veces resultaba de aquí que, no queriendo trabajar ni teniendo un pedazo de pan que llevarse á la boca, se tendía en la cama, ó más bien en su camastro, para poner en práctica el proverbio un tanto ilusorio: «Quien duerme, come.»

Cierto día, en vez de acostarse, lo que había hecho la víspera sin darle el resultado que esperaba, determinó pasear, y saliendo de su chiribitil á cosa de las once de la mañana, pasó por el puente de su pueblo.

En aquel puente había una estatua de piedra de san Juan Nepomuceno que le miró sonriente.

El zapatero tomó por una burla aquella sonrisa puramente benévola del santo.

—Sí, sí, dijo; puedes reírte y burlarte de mí. En ese alto sitio todo te va bien; no tienes hambre ni sed ni necesidad de trabajar para ganarte la vida. ¡Oh! ¡Si yo estuviera en tu lugar!

Apenas soltó estas palabras, la imagen de piedra le hizo una seña con la cabeza, y con voz clara y distinta pronunció estas palabras:

—Está bien: en breve quedará realizado tu deseo; vas á ocupar mi puesto, y veremos si este cambio te hará feliz.

Al oír esta respuesta, que no esperaba, el zapatero tuvo un miedo horroroso, y echó á correr á su casa, como si le persiguieran.

Su mujer estaba lavando ropa en la fuente.

—Corre, corre, le gritó, porque el sacristán te espera en casa.

Entró en su casa y encontró en ella al sacristán, que le aguardaba impaciente.

—¡Gracias á Dios que habéis llegado! le dijo éste al verle.

—¿Qué queréis? le preguntó el zapatero, sofocado.

—Tengo que haceros un encargo muy singular, á fe mía; pero como sé que sois buen muchacho y que mediante algún dinero y una buena comida no os negaréis á prestarme un servicio, sobre todo no costando gran trabajo, no he vacilado en dirigirme á vos. Voy á deciros de qué se trata:

»Hoy es la festividad de san Juan Nepomuceno, y por consiguiente tendrá lugar la peregrinación anual á nuestra capilla, donde se halla, como sabéis, un san Juan Nepomuceno esculpido y pintado. Figuraos cuál habrá sido mi susto cuando, al querer arreglar esa estatua para la fiesta, se ha caído de su pedestal y se ha hecho añicos. No hay medio de componerla; y, sin embargo, se ha de celebrar la fiesta; y ya comprenderéis que sin santo no hay fiesta.

»Pues bien: se me ha ocurrido una idea y es ésta: como la casualidad, ó más bien la Providencia, ha hecho que os parezcáis como una gota de agua á otra á san Juan Nepomuceno, no os negaréis, á fuer de hombre complaciente, y además por una regular recompensa, á ocupar hoy en la capilla el lugar del santo. Tal es en pocas palabras el objeto de mi visita. ¿Os conviene, compadre?

Pero el zapatero no contestaba: le tenían estupefacto las palabras que había oído en el puente y que tanto coincidían con las del sacristán.

Miró á éste con los ojos muy abiertos, y contestó balbuceando:

—Ciertamente que me conviene; pero ¿cómo lo haremos?

—No hay cosa más fácil. Seguidme ahora mismo á casa y os daré las explicaciones necesarias. Y si por casualidad no habéis comido todavía, os ofreceré una excelente sopa de cerveza y alguna de esas deliciosas tortillas que mi cocinera hace tan bien. Además no os faltará alguna buena botella de vino de Hungría,

pues ya sabéis que tengo algunas en la cueva.

Esto era más de lo que se necesitaba para seducir á nuestro zapatero, tanto más cuanto que estaba en ayunas. Siguió al sacristán, con la cabeza tan atontada por lo que le sucedía, que al pasar gritó á su mujer:

—Catalina, no tengas cuidado por mí, porque voy á comer á casa de san Juan Nepomuceno.

La mujer se le quedó mirando asombrada, temerosa de que el hambre hubiera debilitado el cerebro de su marido y le hubiese vuelto loco.

Conforme se lo anunciara el sacristán, nuestro héroe encontró la comida preparada y la sopa de cerveza humeando sobre la mesa. Se sirvió uno tras otro tres platos de ella y los dejó limpios en menos de diez minutos, demostrando que no le desagradaba; luego llegó el turno á la tortilla, amarilla como el oro, frita á punto, ni muy dura ni muy blanda, verdadera tortilla de gastrónomo, en la cual entraron quince huevos y la cantidad correspondiente de manteca, que el futuro san Juan Nepomuceno se comió casi toda él solo.

No hay para qué decir que nuestro hombre apuró dos botellas de vino durante tan copiosa comida.

Así fué que, echándose atrás en su silla, exhaló al terminar un suspiro de satisfacción como no lo había exhalado hacía mucho tiempo.

—¿Qué tal? le preguntó el sacristán. ¿Nos encontraremos mejor?

—A las mil maravillas, contestó el zapatero, y ahora estoy dispuesto en cuerpo y alma á hacer lo que queráis.

—Pues pronto, pronto, dijo el sacristán levantándose y haciendo que se levantara también su convidado. Hay que vestirse en seguida, porque ya empiezan á tocar las campanas y los peregrinos no tardarán en llegar.

Y pasaron los dos corriendo á la capilla. Allí el zapatero fué revestido con los magníficos ornamentos y la mitra de san Juan Nepomuceno, y luego el sacristán le pegó una larga barba que le cubrió la parte inferior de la cara. Vestido de este modo, nuestro hombre tenía tan gran parecido con el santo, que su misma mujer apenas habría podido conocerle.

—¡Ajaja! exclamó el sacristán cuando el disfraz quedó completo. Ahora subid á esa peana, debajo de esa gran araña. Ese es vuestro sitio. Tomad este libro en la mano derecha y extended el brazo izquierdo como yo lo hago. ¡Así! Ahora levantad un poco la cabeza y dirigid vuestras miradas al cielo para parecer convenientemente piadoso.

Después de instruir de este modo á su compadre y no teniendo nada que decirle sobre la actitud del cuerpo y la expresión del rostro, el sacristán se alejó diciendo:

—No está mal, no está mal: saldremos bien del paso.

Pero, no bien habla dado unos cuantos pasos atrás con la mano puesta á modo de pantalla delante de los ojos y felicitando al zapatero, éste dió un grito terrible que resonó en toda la capilla.

—¡Jesús, María y José! exclamó, al mismo tiempo que se cogía la nariz con la mano iz-

quierda como si quisiera alargársela hasta la cintura.

—¿Qué os sucede, compadre? le preguntó el sacristán acercándose vivamente á él. ¿Os ha picado alguna tarántula para que gritéis de ese modo?

—No, respondió el zapatero con los ojos llenos de lágrimas; es que se corre esa maldita vela de la araña y me caen las gotas abrasadas de cera en la nariz. ¡Lléveme el diablo si de aquí á cinco minutos no tengo una ampolla tan grande como una peseta!

—Vamos á ver, dijo el sacristán procurando calmarle; volved un poco la cabeza hacia este lado, y no volverá á sucederos eso. Por lo demás, no repararé en daros unas cuantas monedas más en pago de vuestro dolor. Pero, ¡por amor de Dios!, no escandalicéis durante el oficio: nos podría costar caro á los dos, porque ya comprenderéis que es preciso estar mudo é inmóvil como si fueseis una verdadera estatua.

—Perded cuidado, contestó el zapatero, halagado por la promesa de darle unas cuantas monedas más y tomando mejor actitud. Procuraré representar á conciencia mi papel.

El sacristán se alejó tranquilo, y el nuevo santo se quedó solo en la capilla.

Nuestro san Juan Nepomuceno interino experimentó una verdadera sensación de bienestar al verse solo en la iglesia. Aquella soledad le permitía ponerse al abrigo de la cera que seguía goteando de la araña y que caía en el sitio donde poco antes tenía la nariz.

Pero al poco rato, y en virtud de un fenóme-

no causado por el movimiento de rotación de la tierra, resultó que los ardientes rayos de un sol de junio, penetrando por una ventana abierta, fueron invadiendo gradualmente su cara y acabaron por darle de lleno en los ojos.

Esto no era nada mientras el zapatero podía volver á uno y otro lado la cabeza y entornar los ojos; pero sería insoportable cuando la capilla estuviese llena de gente y tuviera que permanecer inmóvil recibiendo aquel rayo de sol que le quemaba los ojos y bajo aquella cascada de cera que le abrasaba la nariz.

Temblaba con todo su cuerpo al pensar en ello.

Pero ya era demasiado tarde para reflexionar, y, por crítica que fuese su posición, tenía que aceptarla, puesto que él se la había proporcionado, por su deseo inconsiderado.

Por lo demás, no se hizo esperar el suplicio que se le había anunciado. Acababa de abrirse la puerta de la capilla; empezaba á entrar la muchedumbre, y en breve fué tan crecida que, aunque se ahogaba literalmente allí dentro, todavía quedaba más gente fuera.

Como se comprenderá, tan considerable afluencia contribuyó á aumentar el calor. El pobre zapatero, que sudaba la gota gorda y á quien los rayos del sol continuaban abrasando la cara, decía en voz baja:

—¡Ah! ¡Qué felices son las personas indignas de la luz del sol!

Y no tan sólo padecía físicamente, sino que á este sufrimiento se unía el terror de que se viera el sudor que le corría por el rostro y aquel es-

tremecimiento involuntario que agitaba todo su cuerpo á cada gota de cera que le caía en la nariz.

Por fortuna, su terror era exagerado. Los piadosos campesinos y los sombríos mineros de Silesia no podían sospechar la sustitución, porque, gracias á la barba, el parecido con el santo era tan grande que creían tener delante una verdadera estatua; todos estaban arrodillados alrededor del fingido san Juan Nepomuceno, y rezaban fervorosamente su rosario; y si alguno de ellos levantaba la cabeza, no era por duda ó por curiosidad, sino por devoción.

Así, pues, entre todo el gentío que llenaba la capilla, solamente el sacristán sabía á qué atenerse. Sin duda san Juan Nepomuceno le había hecho la vista más penetrante para castigarle por su superchería, de suerte que contaba cada gota de sudor que corría por la frente del zapatero, y temblaba á cada gota de cera que le caía en la nariz.

De aquí resultaba que temblaba y se estremecía á cada temblor y á cada estremecimiento del desdichado zapatero.

Para proporcionar algún alivio á su compadre, subió al coro y abrió una ventana. «De este modo, decía para sí, mi pobre compadre podrá respirar, y el aire que llegue hasta él le refrescará.»

Desdichada idea fué la del sacristán.

Fuera de la ventana había una inmensa cantidad de moscas. Estos pobres insectos, sedientos á causa del calor, se precipitaron en la iglesia, y, más perspicaces que los fieles, vieron el

rió de sudor que corría por la cara de la falsa estatua. Además, el zapatero había tenido que ir tan de prisa, que, después de comer la sopa de cerveza, ya fuese por falta de tiempo, ó bien por sensualidad, se olvidó de limpiarse los labios; de suerte que en aquellos labios azucarados todavía fué donde se posó zumbando el enjambre de moscas.

En pocos segundos, la cabeza del fingido san Juan Nepomuceno pareció una colmena.

Supongo, queridos lectores, que habréis experimentado el cosquilleo que causa una mosca, que, aunque la espantéis, vuelve obstinadamente á posarse en vuestro rostro. Si una sola os ha causado tanta molestia, juzgad de la impaciencia que causaría al zapatero toda una nube de ellas.

El pobre diablo se creía en el purgatorio.

Fué tan grande el suplicio, que, á no ser por la influencia de san Juan Nepomuceno, influencia verdaderamente milagrosa, los continuos gestos y muecas del zapatero habrían ahuyentado á todo el mundo de la capilla.

Sus labios estaban especialmente en continuo movimiento á causa de aquella desdichada sopa de cerveza, cuyo olor habían conservado; al principio el labio superior fué el que se agitó convulsivamente, ya procurando llegar á la nariz ó ya tratando de bajar hasta la barba. Luego trató de hacer con el labio inferior lo que no podía con el superior; y como no lo conseguía con uno ni con otro, imprimió á toda su boca un movimiento de vaivén que parecía tener por objeto morderse tan pronto la oreja izquierda como la derecha.

Como si esta tortura no fuese aún bastante grande, el fingido san Juan Nepomuceno vió acercarse otra.

Se aproximaba en forma de un enorme abejorro, que le amenazaba zumbando y revoloteando á su alrededor. Al principio el animal pareció haber entrado por casualidad y porque había encontrado la ventana abierta. Volaba inocentemente á derecha é izquierda sin que, al parecer, le guiara ningún mal propósito; pero luego le llamó la atención el enjambre de moscas que rodeaba al zapatero.

El falso santo no lo había perdido de vista desde que entró en la iglesia; le seguía receloso con la vista, fijándose en todos los círculos que había trazado, y observaba con terror que cada círculo se acercaba más y más á él.

Por fin, percibió el zumbido en sus mismos oídos, y comprendió que, si el abejorro se detenía algo, era para buscar mejor un sitio en que posarse.

Pronto salió de dudas: el abejorro se le puso en la misma punta de la nariz.

El zapatero, medio loco, resolvió saltar de su peana en medio del coro, á pesar del escándalo que iba á causar. Hizo un violento esfuerzo, pero sus pies no se movieron de la peana: le era imposible moverse.

En aquel momento el cosquilleo del insecto se hizo tan insoportable que procuró aplastarlo con su libro, pero no pudo mover la mano.

Como si hubiera estado al corriente de las malas intenciones que el zapatero tenía con respecto á él, el abejorro le clavó el aguijón en la nariz.

Aquella vez el dolor le arrancó un grito terrible.

Por fortuna, sólo tuvo la intención de gritar, porque no sólo se había quedado inmóvil, sino también mudo.

Entonces comprendió que era mucho más desgraciado de lo que había sido hasta entonces sin presumirlo. Se había convertido en una verdadera estatua sin adquirir los privilegios del mármol y de la madera; es decir, que mudo, inmóvil, con la apariencia de un cuerpo de madera, tenía los tristes privilegios del hombre y seguía pensando y sufriendo.

—¡Dios mío! murmuró para sus adentros, recordando la maldición de Jesucristo á su cofrade el zapatero de Jerusalén. Heme aquí que soy lo contrario del judío errante: aquél, una vez en marcha, no pudo detenerse; yo, una vez parado, no puedo ponerme en marcha. ¡Qué desgraciado soy! ¡Me he de ver así hasta el día del Juicio final!

Como se comprenderá, esta idea añadió á sus padecimientos físicos otros padecimientos morales mucho más terribles.

En esto, el cura pronunció las palabras sacramentales: *Ite, missa est.*

Había terminado la misa.

Al cabo de un cuarto de hora, ya no quedaba en la iglesia nadie más que el sacristán y el falso san Juan Nepomuceno.

—¡Gracias á Dios! exclamó el sacristán. Todo ha acabado bien; pero á fe de hombre honrado no me volverá á suceder. ¡Si supierais lo que me han hecho padecer vuestras horribles mue-

cas! No sé cómo los demás no las han visto. Pero ya hemos salido de apuros: bajad de vuestra peana. Ya no necesito vuestros servicios, á Dios gracias. Pero ¿no bajáis? ¿Os habéis quedado sordo? añadió levantando la voz. ¡Os digo que bajéis!

Pero, por más que el sacristán gritaba, el pobre zapatero seguía inmóvil.

—Vamos á ver: basta ya de tonterías. Veo que eres hombre de buen carácter, puesto que todavía tienes ganas de reir después de lo que ha pasado. ¡Baja, baja!

Y, uniendo la acción á la palabra, le cogió por una pierna para hacerle bajar.

Mas, no bien lo hubo tocado, lanzó un grito de sorpresa.

Acababa de notar que la pierna del zapatero estaba tan dura como un palo.

—¡Milagro! ¡Sorprendente milagro! exclamó lleno de miedo. San Juan Nepomuceno me castiga por mi impostura. No solamente voy á perder el empleo y el pan, sino que se me acusará de haber dado muerte á mi compadre, á quien han visto á mi lado en los últimos momentos. ¡Oh gran san Juan Nepomuceno! añadió hincándose de rodillas medio muerto de terror. ¡No te he ofendido más que esta vez, pero te juro no volver á hacerlo! ¡Ayúdame, oh santo mío, á salir de este terrible trance!

Al mismo tiempo, á esta súplica del sacristán el zapatero unía otra, muda, es verdad, pero no menos ardiente.

—¡Oh gran san Juan Nepomuceno! decía en el fondo de su corazón. Toda mi vida he sido un

perezoso, un haragán; pero desde hoy te prometo ser otro hombre y no dar oídos á mis malos instintos; ayúdame á salir de esta situación. Si he padecido tanto por espacio de dos horas, ¿qué será si esto ha de durar toda una eternidad?

Apenas quedó terminada esta doble invocación, cuando se oyó un formidable estruendo, y, abriéndose la pared de la capilla, dió paso al verdadero san Juan Nepomuceno, el que estaba esculpido en piedra en el puente y cuya pereza había envidiado el zapatero.

—He oído vuestras promesas y vengo á acceder á vuestros ruegos, dijo. Tú, sacristán, ya has quedado bastante castigado con las angustias que has pasado, y en adelante no te atreverás, según presumo, á buscarme tan menguado substituto. Tú, añadió dirigiéndose al zapatero, hombre perezoso y de poco más ó menos, te predigo que, si no cumples el compromiso que acabas de contraer conmigo y si desde este momento no eres un hombre honrado y laborioso, volveré adrede para convertirme en estatua, y esta vez seguirás siéndolo hasta el día del Juicio final.

Y, así diciendo, el santo se alejó como había venido, es decir, á paso lento y solemne, cuyo rumor se oyó, aun después que hubo salido de la iglesia.

Cuando hubo desaparecido, el sacristán y el zapatero creyeron que nacían de nuevo. El segundo saltó de su peana, y se abrazó al primero.

Y desde aquel día no ha habido zapatero más

juicioso ni trabajador, ni fiel que mayor respeto haya profesado á san Juan Nepomuceno, en términos que, siempre que pasaba por el puente, no tan sólo se descubría, sino que le rezaba una oración.

FIN